FRAGMENTOS DE UNA NOVELA.

EL CAMPANILLAZO.

La lluvia que caia á torrentes con el fragoroso estrépito de un diluvio, el viento que azotaba las selvas vecinas y que batiendo reciamente las puertas y ventanas del convento, las hacia rechinar de mil modos diferentes, no dejaron que fray Pedro pudiese asegurar si el ruido que le acababa de sacar de su somnolencia era el de un campanillazo de la portería. Mas bien pronto vino á sacarle de su incertidumbre otro mas vivo y seguido de una especie de repique que indicaba la impaciencia de quien estaba llamando. A los pocos momentos se oyó el gruñido de una puerta que se abria con cuidado, y el de unas sandalias que pisaban mas ligero que de costumbre para no interrumpir el silencio en que estaban sepultados los larguísimos y angostos corredores de la solitaria morada.

—¿Quién llama?

—Abrid por caridad.

—¿Quién sois?

—El viento y la lluvia nos están ahogando.

—¿Hay alguna necesidad en las casas de la comarca?

—¿Qué mas necesidad que la de tan espantoso temporal, en estos lugares, y en el corazon de la noche?.....

Estas palabras, pronunciadas con tono algo desabrido, retrajeron á fray Pedro de abrir; y subió de punto su repugnancia al oir las patadas de un caballo y las medias palabras murmuradas por otro hom-

bre, y que al parecer no eran bendiciones. El buen lego no se atrevia á cargar sobre sí la responsabilidad de abrir la puerta á personas desconocidas en las altas horas de la noche; tampoco se resolvia á dejar á aquellos viajeros á la puerta, á merced de una horrenda tempestad que por momentos arreciaba; todo el mundo estaba recogido en el convento; y no se atrevia á llamar á nadie. Ocurrióle que tal vez el P. Leandro, quien con mucha frecuencia estaba en su bufete hasta las dos de la madrugada, tal vez no se habria acostado aun, pues en el reloj del corredor acababa de dar la una. La luz que se veia por la cerradura, indicó á fray Pedro que el P. Leandro estaba todavía en vela. El respeto que inspiraba este padre á la comunidad entera, llegaba en el pobre fray Pedro á una especie de veneracion religiosa, y tenia algo de un acatamiento tímido, que toda la amabilidad del P. Leandro no habia podido desvanecer. Así comprenderán fácilmente nuestros lectores, que se acercaria á la puerta conteniendo la respiracion, que se pararia algunos momentos indeciso, antes de dar con los nudos de los dedos dos golpecitos apenas perceptibles.

—Adelante.

—Deo gracias.

—¿Qué ocurre de nuevo? dijo el padre, levantando la cabeza y dejando la pluma en el tintero.

—Llaman á la puerta, y yo no me atrevo á abrir: dicen que quieren guarecerse de la lluvia, pero oigo patadas de un animal, y al subir me parece haber oido el relincho de un caballo.

—Abrid, abrid; por estas tierras los ladrones no llevan caballo.

—Pero hay mas de uno.....

—Tanto mas motivo para no dejarlos perecer á la puerta.

—Creo que uno de ellos estaba maldiciendo.

—Es que no todos los que maldicen son ladrones.

—En fin, yo..... lo que vuestra paternidad me mande; pero.....

—Abrid, abrid, que está diluviando; sobre mí la responsabilidad: y tomando la pluma continuó escribiendo.

No sin algun miedo cumplia fray Pedro las órdenes del P. Leandro; y olvidándose de los padres que dormian, agitaba un manojo de gruesas llaves, hacia mucho ruido, como diciendo: *ya voy;* sin duda para calmar de antemano la cólera del maldecidor.

Abrióse por fin la puerta, y al resplandor de su linterna y de los continuos relámpagos, vió fray Pedro á los dos huéspedes, cuyas cataduras le tranquilizaron completamente. Era el uno un caballero de apuesta figura que frisaba en los treinta y cinco años, y que por la elegancia del trage y finos modales, indicaba una persona de categoría no vulgar; y el otro que parecia su criado, y cuyas maneras bruscas revelaban una clase muy inferior, era un hombre que no bajaba de los cuarenta, con alpargatas, pantalon blanco, camisa azul con listas, chaleco y chaqueta de un aldeano del pais, y un pañuelo en la cabeza.

—Usted habia tenido miedo de nosotros, dijo el caballero pasando la puerta y sacudiendo su levita y pantalones, que estaban chorreando.

—No.....pero.....

—Es cierto, es cierto; á estas horas no hay que fiar.

—¿Pero á qué tener miedo? dijo el criado, entrando con la capa, la balija y baston; por María Santísima que nosotros no somos gente de robar á nadie.

—El caballo, Perez, el caballo..... que estaba sudando á mares, cuando nos ha cogido la lluvia, dijo el otro, que no queria que el lego y el criado se trabasen de palabras.

—Buenas noches, caballeros, dijo presentándose de improviso el P. Leandro.

—Para servir á V., padre, contestó inclinándose el caballero, con un expresivo gesto de amabilidad respetuosa; tal vez le habremos incomodado á V!..... cuánto lo siento!.....

—Nada de eso; no me habia acostado aun; y el buen hermano Pedro, que no las tenia todas consigo al verse con huéspedes tan á deshora, ha venido á contarme su cuita, dijo sonriéndose; y veo que no me he equivocado, pues en vez de ladrones, como él recelaba, nos encontramos con amable compañía.

—Mil gracias, padre, dijo el caballero, cuya fisonomía se dilataba agradablemente al oir el lenguaje cortés de aquel anciano, cuyo semblante noble y sereno, bien que surcado por los años y los padecimientos, conservaba todavía una dulzura que realzaba los rasgos de severa gravedad que imprime en la fisonomía una larga práctica de las mas austeras virtudes.

Este caballero necesita descanso, dijo el padre Leandro dirigiéndose á fray Pedro; aparejad pronto cena; y llamad algun hermano para que le disponga la cama en uno de los mejores cuartos, ínterin le proporcionais uno provisionalmente para mudarse ese trage empapado en agua.

—Os agradezco tanta solicitud, padre, respondió el caballero; y desearia que mi importuna llegada no prolongase vuestras vigilias mas de lo acostumbrado.

—Me es indiferente el acostarme tarde ó temprano; de buena gana os acompañaria hasta el amanecer; pero voy á dejaros para que esteis en completa libertad.

Un saludo cordial puso fin á aquella conversacion; el padre se retiró á su celda, y el caballero fué á reponerse del cansancio y contratiempos del viaje.

Mientras Perez estaba hablando del mal tiempo y del miedo de fray Pedro, y del caballo, y se ponia en íntimas relaciones con los demas legos que se habian levantado para obsequiar al caballero, este se hallaba sentado á la mesa, sumamente pensativo, olvidándose de que con su actitud distraida y meditabunda llamaba la atencion de cuantos le rodeaban.

—Mi señor, dijo Perez, ¿parece que el temporal le ha dejado á V. sin apetito?

—Cierto; y me siento tan constipado que no sé si será prudencia que mañana sigamos el viaje.

—Seria una imprudencia, contestó fray Pedro con un aire de sincero interés que llamó la atencion del caballero.

—Pero qué quiere V., replicó este como explorando el terreno; aquí estaremos incomodando, y esto no me gusta.

—¡Incomodando! replicó un hermano que ansiaba tomar parte en la conversasion; á los padres les agrada muchísimo que vengan visitas de personas como V.; esto es tan desierto..... y se fastidian de no tener con quien conversar. Crea V. que no solo se complacerán en que permanezca mi señor unos dias para reponerse de la fatiga y del constipado, sino que desearian muchísimo que permaneciese aquí una larga temporada.

Al oir estas palabras el caballero, no pudo contener la expansion del gozo que se pintó visiblemente en su fisonomía; el corazon del desgraciado se abre tan fácilmente á la esperanza!....¿Y serán pocos los padres? continuó.

—No tan pocos; en la actualidad son en bastante número; y sobre todo, hay ese P. Leandro que vale por ciento; es un sabio y un santo; desde que él ha venido parece que ha embalsamado la casa con el olor de sus virtudes.

—¿Hace poco tiempo que está aquí?

—Cosa de un año; vino de las Indias, donde ha estado mucho tiempo.

—Será ya muy anciano.

—Sí, anciano es; pero se conserva bastante bien.

—¡Oh! estoy seguro que mañana le habeis de conocer á la primera ojeada entre toda la comunidad: es de estatura regular; mas bien alto que pequeño; su figura es en extremo agradable; su rostro conserva todavía la blancura y el sonrosado de la juventud; su frente es espaciosa y calva; con una mirada nos impone respeto á todos, y sin embargo, no nos ofende ni aterra.

—¿De quién hablais? dijo fray Pedro, que entró á la sazon atareado con arreglar no sé qué cosas con Perez.

—Del P. Leandro.

—Pero si este caballero ha estado hablando con él.....

—¿Aquel padre? dijo este afectando una sorpresa que no sufria; pues rato ha que lo habia adivinado.

—¡Ah! sí, sí, dijo Fray Pedro con cierto aire de autoridad y satisfaccion; es muy hábil, de lo mejor que tenemos en la órden; yo he oido á muchos, porque en otros tiempos abundaban mas que ahora; pero conozco que ni el P. Gervasio, ni el P. Marcelino, ni el lector Fulgencio, ni el definidor Fernandez le llegaban á la suela del zapato.

—¿No? dijo el caballero, estimulando la gana de hablar de aquellos hombres.

—¡Ah! no, no, replicó gravemente fray Pedro, arreglando sobre la mesa los postres; y quien le diga á V. lo contrario, lo engaña, porque al fin tocante á cosas de argumentos y sermones, aquellos padres habian llegado al término; pero este lo sabe todo; hasta habla no sé cuántas lenguas; y en unos estantes cerrados tiene hasta los libros de los hereges y moros.

—Vaya, que eso me admira.

—Oiga V., oiga V.; que no hemos dicho mas que el abecé; ha disputado con muchos, y dicen que ha convertido á varios; añaden que una buena parte de su correspondencia es de consultas de gentes que cojean; yo no sé lo que hay; lo cierto es que si me da la curiosidad de leer algunos sobres de los suyos, siempre se me antoja que son de gente gorda; y recibe unas cartitas tan finas, y tan bien aderezadas, que ya, ya.....

El caballero habia sabido cuanto deseaba y podia saber por entonces; y no queriendo prolongar la conversacion por no manifestar curiosidad, mostró ganas de recogerse, llamando á Perez, que no interesándose en la conversacion maldita la cosa, se habia dormido en su silla, y con la cabeza caida sobre el pecho roncaba estrepitosamente.

Los efectos de la lluvia.

El caballero habia pasado gran parte de la noche reflexionando sobre su situacion, sobre los peligros que ofrecian tres largas jornadas hasta la frontera de Francia, y no se olvidaba de que era muy probable que encontrase vigilados los pasos del Pirineo. La soledad del desierto convidaba con un asilo; nadie habia de pensar en que allí se ocultase un proscrito, y ademas, no siendo conocido en el pais era muy posible una ficcion que no permitiese á los frailes la mas ligera sospecha. La presencia del P. Leandro y la interesante descripcion que de él habian hecho los legos, infundian alguna esperanza de que en un caso extremo se pudiese hallar en el respetable anciano un hombre que se compadeciese del infortunio y no se alarmase por revelaciones de cierta especie. De todos modos el permanecer breves dias allí no podia ofrecer ningun peligro. La dificultad estaba en encontrar un pretesto para prolongar el hospedaje.

Los rayos del sol penetraban ya hasta la alcoba del recien venido, y todavía no le habia sido dado pegar un momento los ojos; muy al contrario, Perez, que durmiendo en una pieza inmediata á la

de su amo, habia pasado la noche en un sueño, sin devanarse los sesos por lo que pudiera suceder mañana. No parecia sino que el peligro fuese su elemento natural, y que para él fueran indiferentes la vida y la muerte. Vano habria sido el empeño de ponerle mohino ó medroso: lo escuchaba todo con desdeñosa sonrisa, iba moliendo el tabaco entre las palmas de la mano, plegaba el cigarrito, y contorneándose garbosamente, parecia conjurar todos los riesgos con un *"lo que fuere sonará."*

Levantándose á la voz de su amo, se arrimó á la cama de este, y se trabó en voz baja la conversacion siguiente:

—¿Qué te parece, continuamos hoy el viaje?

—Como V. quiera; lo que es piernas no faltan.

—¡Está tan lejos la frontera!....

—Pero ¿qué hacemos aquí?

—Pasar unos dias, y luego veremos.

—No me parece mal; y además esos legos no son de mala casta, y á los dos dias nos entendemos.

—¿Cómo, nos entendemos?

—Quiero decir que me han de querer á mí como la niña de sus ojos; y mas que nadie el que tenga la llave de la bodega.

—Por Dios, Perez, gastas tanto humor, que me haces dudar de si te acuerdas de la situacion en que nos encontramos.

—Toma si me acuerdo; pero le veo á V. con cara tan triste, que si yo me doy pena, han de conocer á cien varas de distancia que llevamos en manos algun mal negocio.

—¿Y de qué pretexto vos valemos? ¿del constipado?

—Mandarán venir al médico, y en cuanto le encuentre á V. tan fresco como rosa en la mañana, todo se le lleva la trampa. Además, ¿qué necesidad tenemos de llamar curiosos que nos contemplen de cerca las barbas y nos muelan á preguntas?

—¿Pues entonces?

—Muy sencillo: que suele V. padecer de dolores reumáticos en el muslo y caderas, que se iba V. á los baños, que con el chubasco de ayer se removió la cosa, y el médico no ha de venir, y si viene, el mas pintado no ha de conocer si le duele á V. el muslo. Este mal no obligará á cama ni dieta; y si no entiende V. de fingirse el cojo, yo le enseñaré á V. cómo se hace, que mas de cincuenta veces me ahorró el arte de la cojera el estar de planton en una garita. en las malditas noches de invierno. ¿Estamos?

—Bien pensado.

—Pues desde luego me voy á hacerme el atareado para calentar y ahumar unos paños con flor de sauco, y los buenos padres van á creer á pié juntillas que V. no puede hoy continuar su viaje, ni podrá mañana. Entretanto exploraremos el terreno, veremos si pega; y Dios sobre todo.

—Como tú quieras.

LAS VISITAS.

Acababan los religiosos de poner fin á sus ocupaciones de la iglesia, y ya la habitacion del huésped se hallaba llena de padres, que solícitos preguntaban al doliente sobre el estado de su salud. Perez no se habia olvidado de ayudar dos misas, de tomar parte en el arreglo de las cosas de la sacristía, de sacar agua de la acequia, de cuidar con su caballo los mulos del convento; en fin, manifestábase un veterano en todo el sentido de la palabra.

Al verle entrar y salir del cuarto de su amo, y hablando con todos los padres, y sabiendo ya sus nombres, y tratándolos con cierto aire de cortés familiaridad, se hubiera creido que llevaba ya largos dias de residencia en el convento. Por lo tocante á cocineros y despenseros, la amistad con ellos era ya íntima y cordial.

A poco rato entró tambien el venerable padre Leandro, que saludando á los concurrentes con ademan afable, fué á sentarse junto á la cama del enfermo, á invitacion de los que ocupaban aquel puesto. Cual si la presencia de aquel padre les impusiera, se fueron retirando uno tras otro hasta quedar enteramente solos el caballero y el P. Leandro.

—Seria bueno, dijo este, que V. permaneciese unos dias aquí, para restablecerse completamente.

—Pero la temporada de los baños se va pasando, y es preciso.....

—¿Qué baños piensa V. tomar?

—No sé.... todavía el médico no se ha decidido.... pero....

El P. Leandro notó en el semblante de su interlocutor una turbacion muy visible, y sin empeñarse en una curiosidad molesta, torció el curso de la conversacion hablando primero en general sobre el gusto que se iba tomando á los baños en todos los paises de Europa, aprovechando la oportunidad para recordar las costumbres de los antiguos en esta parte, y sacando así discretamente al caballero del conflicto en que parecia encontrarse en lo relativo á explicaciones sobre su enfermedad y remedio.

—A propósito de antiguos, dijo el caballero, apresurándose á salir del apuro, ¿hay buena coleccion en la biblioteca del convento?

—Mediana; si V. gusta, al levantarse se la enseñaré á V.. lo que es la biblioteca, no es numerosa, pero sí bastante escogida.

—Es para mí el mayor de los atractivos.

—Entonces, repuso el P. Leandro, deseamos que el atractivo llegue á la fascinacion y que dure por mucho tiempo.

El caballero inclinaba respetuosamente la cabeza con la expresion de la mas amable gratitud, cuando entró repentinamente Perez. El P. Leandro aprovechó la oportunidad, y se despidió certesmente.

Los corredores.

A poco rato se habia levantado ya el recienvenido, y á pesar de todas las excitaciones de su criado para que se hiciera el cojo, no pudo resignarse á representar un papel que le parecia indigno de su persona. Resolvióse á decir que se sentia ya muy aliviado, y así no hubo inconveniente en que anduviera por aquellos corredores con paso bastante firme, y que ocultaba dificilmente los hábitos marciales. Hubiera deseado visitar desde luego al P. Leandro; pero si bien la amabilidad y la discrecion de este religioso le tenian encantado, le inspiraba algun recelo la penetracion que en él habia descubierto. El que está rodeado de peligros se inclina naturalmente á la suspicacia. Así, fué continuando su paseo por los dilatados y extrechos corredores, parándose con frecuencia á mirar algunos cuadros viejos suspendidos á trechos en las paredes, hasta llegar á una puerta mayor que las otras, de la cual pendia un pequeño rótulo en que se prescribian algunas reglas para los que entraban en aquella pieza. Era la biblioteca.

El corazon del caballero se dilató agradablemente con el encuentro de un lugar que le permitiera pasar las horas con distraccion, sin conversacion de curiosos ó importunos, y apartado de los padres la mayor parte del dia, sin ser culpado de misántropo ó descortés. En el acto resolvió fingir curiosidad de leer la primera obra de algun interés que le viniese á la mano, y de este modo lograba su objeto con un disimulo suave. Empujó pues la puerta, y entró en la espaciosa sala determinado á poner en planta su designio.

Estaba la biblioteca en una espaciosa sala rectangular, ocupada en su longitud por una serie de mesas de nogal, y á uno y otro lado estantes de color de madera, con unas cornizas muy de buen gusto, todo muy sencillo pero muy aseado, en algunos de los cuales habia esferas armilares, globos terráqueos, y algunos libros. Veíanse acá y acullá algunos religiosos, quien escribiendo, quien leyendo, quien revolviendo volúmenes en ademan de buscar alguna especie ó noticia.

Junto á un grande armario de diferente madera y construccion, y que por las puertas que tenia, indicaba encerrar objetos que no franqueaba indistintamente á todos, se hallaba el padre Leandro, inclinado sobre un códice antiguo; apoyando su mano izquierda sobre un papel en que habia algunas notas, y sosteniendo su frente con la derecha, en la cual tenia con descuido la pluma entre los dedos cordial é índice.

El caballero se adelantaba pausadamente á lo largo de la sala, fijando la planta con suavidad y vacilando para hacer con las botas el menor ruido posible; mirando á derecha é izquierda para enterar-

se de la disposicion de ella, saludando cortesmente á los religiosos á cuya inmediacion pasaba, quienes le correspondian con una profunda inclinacion de cabeza. Como el P. Leandro estaba inclinado sobre el códice, y cubria su frente con la mano derecha, el caballero no le conoció hasta que estuvo muy cerca de él; y si bien sentia un ligero desagrado en verse precisado á entrar en conversacion, no obstante no pudo dispensarse de dirigir un saludo respetuoso al venerable padre, tan luego como este levantó un instante los ojos.

El saludo fué no solo amablemente correspondido, sino que el P. Leandro se apresuró á levantarse, y á ponerse en disposicion de acompañar al caballero, plegando con prisa el códice, metiendo sus notas en una bolsa de cuero que tenia sobre la mesa, y quitándose los anteojos. Mientras esto sucedia, el caballero se habia acercado rápidamente al religioso, y poniendo cortesmente su mano sobre el códice que plegado ya iba á ser metido en el armario:

—No puedo permitir, dijo, que V. se moleste, y siento sobremanera haberle distraido á V.

—Nada de eso, contestó sonriéndose el padre Leandro.

—Sin embargo, no hay necesidad de ....

—Sea enhorabuena, replicó el padre; si V. se empeña en que trabaje, trabajaré; pero á decir verdad, la pereza ahora tenia una disculpa excelente, y si V. me la quita, no le queda otro remedio sino sufrir y callar. Estas palabras las acompañó el padre de una suave sonrisa, encogiéndose de hombros, y como disponiéndose á empezar de nuevo su tarea.

—No quiero sin embargo cargar con la nota de ingrato la de importuno, replicó el caballero; será para mí muy grata una interrupcion que le proporcione á V. descanso, y á mí tan respetable compañía.

El P. Leandro se sonrió apaciblemente, expresando con una ligera inclinacion de cabeza su gratitud, ínterin iba arreglando y plegado el códice, que ya se descomponia de puro viejo.

Esta lectura no es para mí, añadió el caballero, que deseaba saber cuál era la ocupacion del padre Leandro.

—¿Por qué no? contestó este; pues no es de los mas antiguos; y además no está mal conservado.

—Ya; pero aun cuando estuviese impreso en una brillante edicion de París, se me habia de alcanzar lo mismo que estando manuscrito.

El P. Leandro metió tranquilamente su códice en el armario, dando vuelta á la llave, sin responder una palabra á las indicaciones del caballero, como si no hubiese reparado en ellas. El caballero habia esperado picar algun tanto la vanidad del padre, empeñándole en conversacion sobre el códice árabe, y haciéndole caer en la red en que tan fácilmente se envuelven aun los hombres mas distinguidos, cuando se les ofrece alguna ocasion de lucir sus conocimientos. Mas el padre Leandro era uno de aquellos espíritus superio-

res, que fundados sólidamente en los austeros principios de la humanidad cristiana, juzgan indigno de su alma el saborearse en los perfumes de la lisonja. Cambiando pues la conversacion con suavidad y sin afectacion de ningun género; ¿sabe V. dijo, mientras forcejaba por probar si el armario quedaba bien cerrado, que hemos tenido que asegurar bien estas puertas para evitar extravíos de papeles interesantes?

—¿Es posible?

—Ya se ve; como el hallarse el convento en despoblado hace que haya poca vigilancia en la biblioteca, todo el mundo, así los de casa como los forasteros, lo revolvian todo por sí y ante sí, de lo que resultaron algunas pérdidas sensibles.

El caballero, que habia tendido al P. Leandro el lazo de la vanidad, se quedó sorprendido al notar con qué naturalidad y soltura habia sabido evitarle el buen religioso; desde aquel momento comenzó á sentir hácia él un respeto profundo. El efecto de la vanidad es directamente opuesto al que se propone el vanidoso; busca la buena opinion, la alabanza de los demás, y solo se grangea el menosprecio y el ridículo; pero el hombre que sabe sobreponerse al placer de la alabanza, adquiere para ella nuevos y poderosos títulos.

Los deseos de entablar con el religioso alguna conversacion, crecian tanto mas en el caballero, cuanto mas modesto se habia mostrado aquel: estaba expuesto á gravísimos peligros, se hallaba solo en el mundo, y ansiaba descubrir en él algun rayo de esperanza. ¿Quién sabe, se decia á sí mismo, quién sabe si en este padre hallarias, ya que no proteccion, al menos saludable consejo? Las noticias que sobre él le habian dado los legos en la noche anterior, y la dulzura de su semblante, la finura de sus modales y la amabilidad y discrecion de sus palabras, le habian hecho concebir la idea de que el P. Leandro debia de ser un hombre tolerante para toda clase de opiniones, y compasivo por todos los infortunios. Al apearse la noche anterior á la puerta del convento, habia tenido la intencion de salir de aquella mansion tan pronto como rayase la aurora; pues solo las instancias de su criado, lo intransitable de los caminos y la violencia de la tempestad, habian podido decidirle á detenerse en un lugar en su concepto tan peligroso. Sin embargo, aquel sobresalto desapareció en gran parte con la presencia del P. Leandro; pero tan pronto como pudo hablar con él, sentíase vivamente impulsado á depositar su confianza en quien le parecia incapaz de una traicion, y no poco á propósito, ya para aconsejarle, ya para auxiliarle quizás en un trance apurado. Antes se azoraba á la sola vista del convento, y ahora aquella casa le parecia ya poco menos que un asilo seguro.

Volviendo pues á anudar la conversacion, dijo el caballero al P. Leandro:

—Parece que la biblioteca es bastante numerosa.

---Sí, respondió el padre; la lástima es que por falta de fondos no se adquieren obras modernas, y así se va quedando rezagada. Pero tal como sea, si V. gusta de verla, esperaremos un momento á que entre el bibliotecario, que acaba de salir.

—Como V. guste, dijo el caballero.

---Porque, amigo, continuó sonriéndose el padre Leandro; anciano como V. me ve, no me atrevo á tomar de los estantes un libro por mi mano; yo fuí el primero que me quejé del abuso de que le he hablado á V., y propuse el remedio; así no puedo dispensarme de someterme á las reglas establecidas para los demás.

---Sin embargo, dijo el caballero, esto me parece que es llevar muy allá la delicadeza; porque no puedo persuadirme que el superior no le tenga á V. por exento de la observancia de estas pequeñas formalidades.

---Sin duda, replicó el P. Leandro; pero de esas formalidades, pequeñas como son, depende el conservarse el órden, y aun la misma biblioteca. En general, no se comprende bastante toda la importancia de cosas al parecer de escasa monta: si pudiésemos asistir á la descomposicion de las cosas mas grandes, notariamos que suelen comenzar por averías pequeñas; la gangrena empieza por un punto, quizás imperceptible, de la extremidad del cuerpo, y pocas horas despues ya llega al corazon.

---Ciertamente, dijo el caballero; pero preciso es convenir en que se ha de hacer distincion de personas y de cosas.

---Ya se ve, replicó el padre; pero cabalmente esta distincion suele ser la rendija por donde se introducen los abusos. Todas las instituciones humanas están de continuo expuestas á la accion de las pasiones; si el barco no está calafateado con escrupulosidad, no tardará en hacer aguas.

El caballero habia descubierto ya en esta breve conversacion el espíritu observador del padre Leandro; conoció desde luego que aquel modo de mirar las cosas y aquel lenguaje, eran de un hombre distinguido, por la claridad y cultura de su talento; eso de elevar tan fácil y rápidamente la conversacion, trasladándose con mucha naturalidad desde el rigor de una pequeña regla á la consideracion de las instituciones humanas, le indicaba que el anciano religioso estaba acostumbrado á meditar, y que era hombre de conceptos elevados.

En efecto, el P. Leandro era de aquella clase de ingenios que dominados por un espíritu de modestia y verdadera humildad, no se esfuerzan por darse á conocer; pero tan pronto como la conversacion los pone en movimiento, despliegan involuntariamente sus alas y se levantan á grande altura. No era muy amigo el recien llegado, ni de comunidades religiosas, ni de observancias rigoristas; pero aficionado naturalmente al estudio del corazon humano, complacíase en filosofar sobre cuanto tenia relacion con él. Así aprovechóse gustoso de la disposicion que habia notado en su interlocutor, con

tanto mas gusto cuanto que concebia alguna esperanza de descubrir por este medio lo que deseaba saber. Con la mira pues de andar con la sonda en la mano, convengo, dijo, en que á veces importa despreciar las pequeñeces, y que sin esta precaucion todo lo humano está muy dispuesto á malearse; pero tampoco se debe desconocer que es necesario no llevar las cosas á la exageracion, de la cual á su vez resultan males gravísimos.

---*Ne quid nimis*, replicó el padre: esta es una regla general de prudencia; pero no quiero yo decir que sea necesario exagerar nada, ni aun proceder con excesivo rigor en todas las cosas. Antes al contrario, mas á menudo me ofrezco por conciliar la suavidad con la rigidez.

---Pero si hemos de seguir el sistema de observar rígidamente las cosas mas pequeñas, nunca será posible la suavidad.

---Pues yo veo las cosas de muy diferente manera.

—Sin embargo, me parece dificil que....

---Pues yo lo creo muy fácil. ¿Una ley suave puede ser observada rígidamente?

---No cabe duda.

---¿Una ley severa puede ser observada flojamente?

---Cierto.

---Pues, he aquí mi sistema: en las instituciones, en las leyes, en todo, no me importa que haya mucha suavidad, mucha indulgencia si se quiere; pero tales como sean, conviene guardarse de quebrantarlas en lo mas mínimo. Una vez dado el primer paso, ya es dificil detenerse; y si las infracciones son muchas, aunque sean pequeñas, á pesar de su pequeñez darán por tierra con la institucion ó la ley.

---Comprendo la idea, y me gusta mucho este modo de ver las cosas. La observacion es luminosa, y desde luego se agolpan á la mente un sinnúmero de aplicaciones, así en el órden privado como en el público.

Al pronunciar esta última palabra, se encontraron los ojos de los dos interlocutores cambiando una de aquellas miradas en que dos espíritus escudriñadores se interrogan mútuamente sobre un asunto con respecto al cual nada seria capaz de hacerles entrar en explicaciones verbales. El uno parece decir al otro ¿qué piensas sobre esto? y ambos parecen acabar por un secreto sentimiento de haberse adelantado en demasía. La mirada es un conducto de expresion mil veces mas pronto, mas universal que la lengua. En una mirada se encierra á veces un discurso, y un cúmulo de sentimientos que muchas palabras bastan apenas á explicar.

En este momento entró Perez en la biblioteca, trayendo en la mano las gacetas y algun diario de avisos que acababan de llegar por el correo. Sin aire de pensar siquiera en el caballero, entregó los papeles al P. Leandro de parte del padre prior, que le acostumbraba á dar siempre la preferencia.